

Balderas cuidaba de no exponerlo á peligro alguno. El *chato* guardaba del equipaje, disponía la comida, velaba por el orden, tenía listas las armas y el caballo del jefe, y se hacía querer de todos por su generosidad y finura.

Al empeñarse la batalla del Molino, seguía ansioso al jefe; cuando fué herido estuvo á su lado al caer; arrojó las ropas y medicinas que tenía en las manos; recogió una espada de un muerto, la empuñó, é incontenible, frenético, sublime de coraje y bravura, se puso al frente de un grupo de valientes, y embistió al enemigo; tan grande, tan ardiente y tan irresistible, que restableció el orden de la batalla, y acribillado de heridas, verificó su transformación en héroe de aquella gloriosa jornada. Arrivillaga murió de relojero de Palacio, y dejó un hijo, digno heredero del nombre de su padre.

Margarito Suazo era un artesano humildísimo, que se hizo querer en su Cuerpo de Mina, por su subordinación y bondad, y así se le nombró abanderado.

El día de la acción, Margarito se excedió en el cumplimiento del deber. Atropellado por un gran número y hecho una criba á bayonetazos, quedó por muerto, asido á su bandera. Sintiendo que moría, se incorporó, se despojó de su ropa, enredó su bandera á su cuerpo que chorreaba sangre, y expiró.

Pero á más de Gelaty, de Colombris y de Norris, el héroe de aquella jornada fué Echeagaray.

¡Oh, si yo fuese pintor! Si fuera pintor presentaría aquel adalid, épico, glorioso, con su cabello rubio, flo-

tando como un resplandor de oro, alzado en los estribos, con su espada fulgente; avanzar entre nubes de humo y metralla al retumbar de los cañones; pisando cadáveres, avanzar, dispararse, arrojar la espada, abalanzarse á los cañones que nos habian quitado los enemigos, restituirlos, soberbio, festejoso, radiante, á sus filas, obligando á la gloria á que diera á la misma derrota las grandiosas proporciones del triunfo.

Echeagaray murió pobre, olvidado, con un anatema inmerecido; duerme en un sepulcro casi ignorado. Yo le amé con toda el alma; yo le defendí con ardor. Yo acato y ensalzo su memoria, henchido de dolor por las injusticias del destino.

La víspera del bombardeo de Chapultepec, tuve motivo de recorrer los puntos ya ocupados por los enemigos, como preliminares del asalto y toma de la llamada fortaleza. En los molinos de trigo y de pólvora hormigueaban las fuerzas de Pillow, ciñendo á poca distancia la parte Occidental del cerro. Al Sur se destacaba formidable artillería, y se veían escalones para trepar la cerca y descender como en trampolines al interior, y mucha fuerza en la hacienda de la Condesa, al frente de un hornabique, defendido por soldados mexicanos.

En la puerta del Bosque, que daba á la Calzada, estaba el Gral. Santa-Anna con su numerosa comitiva

de ayudantes, jefes, oficiales y cuantos se acercaban á pedir instrucción y recibir sus órdenes.

A mi regreso de los puntos que acabo de describir, hablé con el coronel Juan Cano, uno de los que después fué heroico en aquel asalto en que perdió la vida.

Cano era un hombre de treinta ó cuarenta años, su cabeza germánica, yucateca, pálido, carirredondo, de unos ojos penetrantes y alegres; una boca llena de chiste y risa. Estatura regular, rechoncho y listo de movimientos.

Su trato era fácil, cortés y franco; le mortificaba la farsa y la ceremonia. Aquel hombre que á primera vista hubiera pasado por un colegial alegre ó un tertuliano de buen humor; aquel, afectísimo á comer al aire libre y á las bromas de buena sociedad, era reflexivo y estudiosísimo; la exactitud misma en el cumplimiento y el más respetable por lo caballeroso y decente. llamaba á sus amigos, como signo de confianza, badulaque, badulaquillo, y sólo cuando lo requería su obligación, daba á conocer sus vastos conocimientos militares y el aprovechamiento de sus brillantes estudios hechos en París.

El Sr. Quintana Roo, su tío, le inspiró sus excelentes estudios en literatura, y á mí me encantaba cuando en sus ratos de solaz, me traducía elegantemente á Tácito y se deleitaba con Virgilio.

Yo tuve ocasión de conocer la rara energía del carácter de Cano, por un grave disgusto que estalló entre él y los Grales. Tornel y Santa-Anna.

Abandonado, como se sabe, el Gral. Bravo, víctima de la envidia y de los caprichos de Santa-Anna, dejó mal defendida la parte alta del cerro. El Sr. Cano le mandó pedir cañones.

Santa-Anna le mandó al Gral. Tornel y á otro general no facultativo; pero igualmente de lengua fácil. Cano no logró hacerse comprender, y cuando se retiraron los generales, dijo en tono sarcástico: yo pedí al general, cañones, y me mandó faroles. . . Súpolo Santa-Anna; llamó á Cano para reconvenirle, y éste, con sumo respeto, pero con energía incontrastable, le echó en cara su conducta indigna y poco patriótica en aquellas circunstancias.

Cano murió, dando ejemplo de valor sublime, alentando, sereno y grandioso, á los que quedaban defendiendo á la patria, en la parte alta del cerro. Allí murió también el Gral. Pérez, hombre modestísimo, que ejecutaba casi desapercibido actos de valor y abnegación, que por silenciosos no ha podido encarecer la Historia.

Como he dicho, yo estaba en la puerta del Bosque cerca del Gral. Santa-Anna; pero éste, afrontando los fuegos á pecho descubierto, y nosotros guarecidos por la casa del guardabosque, por esta razón he podido rectificar que en lo llamado jardín botánico había familias de alumnos, cuyos clamores y angustia difundían el espanto; puedo asegurar que lo más reñido del combate fué donde ahora se encuentra el monumento, y que la muerte de Xicotencatl, excelso, y de sus incli-

tos soldados, fué un tanto fuera de la tapia y cercano adonde está hoy el edificio con la maquinaria para la conducción del agua.

A propósito de los soldados de Xicotencatl, no olvidaré en mi vida un episodio que se impuso, trágico y sublime á mi corazón de joven.

Habían muerto, luchando como leones, Xicotencatl y sus soldados. El Gral. Santa-Anna seguía con ansiedad las peripecias de aquel encuentro formidable. De pronto vió venir hacia la puerta á un soldado de Xicotencatl; le pareció un desertor, un cobarde; el soldado daba pasos largos y precipitados; estaba pálido, y brillaban sus ojos como llamas.

—¡Bribón! ¡Cobarde! le gritó Santa-Anna, fuera de sí de ira.—¿Dónde está tu coronel?

El soldado hizo alto; vió á Santa-Anna; sin decir palabra, rodaron dos lágrimas de sus ojos; quitó la mano de sobre su pecho despedazado por las balas, y cayó muerto frente al General.

No asistí, ni puedo dar cuenta de lo ocurrido en los diversos puntos en que se empeñó el combate, particularmente del lado del Sur y Suroeste. La posición que yo ocupaba, me permitía oír los partes repetidísimos que daban al Sr. Santa-Anna, el retumbar los cañones; redoblar las descargas de la infantería; los gritos de los soldados, los ayes de los heridos, el desgajarse con estruendo las ramas de los árboles y el traji-

de los que acudían á diversos puntos con parque y con camillas.

Santa-Anna estaba entero y valiente, queriendo atenderlo á todo, no atinando; pero dando ejemplo de valor temerario y alentando á los soldados.

—Los del Sur asaltan. Los detiene Xicotencatl.

—Ya avanzaron Pillow y Quillman. . . . Las escenas (*sic*) se frustraron.

—Vea Ud., están en la azotea del Castillo.

Y aquella congoja despedazaba mi alma, al extremo de que creía que me iba á matar el dolor.

Y mi bosque, mi encanto, nido de mi infancia, mi verjel de niño, mi recreo de joven, mi templo de hombre.

Cada árbol guardaba un recuerdo mío; á cada tronco me había arrimado como al pecho de un abuelo; cada arbusto me había mecido como en los brazos de una nodriza. Cuando en el silencio de la noche atravesaba esos sitios, alumbrados por la luna, se me figuraba recorrer una región etérea, que se comunicaba con la eternidad.

Y así humanizado ese precioso Bosque, verlo lastimado, herido, atropellado por el invasor, me atormentaba como si viera pisoteado y ultrajado el cuerpo de mi padre.

Terminado el combate, como si rodaran repentinas las penas, que contenían un torrente, nuestras tropas revueltas, hirvientes, se precipitaron por las calzadas de la Verónica y de Belén, en un tumulto, en un atro-

pello, en una gritería y confusión tales, que es más fácil imaginar que describir.

Apenas recuerdo en ese espantoso remolino de hombres, armas, caballos, rugidos de desesperación y muertos, al capitán Traconis, con su cabeza rizada y sus ojos frenéticos al lado de Barreiro, á quien llamábamos el *gachupín*, por su modo de hablar, y recuerdo á Comonfort, sereno; á García Torres y á D. Antonio Haro al lado de Santa-Anna, comportándose con una bizarria superior á todo elogio.

Santa-Anna pensó acudir á la garita de San Cosme; pero ese punto lo cuidaba el Gral. Rangel.

Rangel era un hombre rubio, esforzado, de algunos conocimientos científicos. No pudiendo en la juventud seguir sus estudios, se hizo impresor en la imprenta de Palacio; <sup>1</sup> allí le conoció el Sr. Tornel, quien le expidió un despacho de oficial, lo alentó en su carrera.

Dirigióse á la Garita de Belén Santa-Anna, le parecía abandonada por el Gral. Terrés, y allí le ultrajó y le cruzó la cara con su fuste.

Carrasco, en la fuente de Bucareli, hizo prodigios de valor, así como Béistegui, oficial del Batallón Victoria, fué asombro de intrepidez en una batería de Belén de las Mochas, hoy Cárcel de Belén.

La tropa, la Ciudad, las familias que emigraban, los trenes de guerra y las acémilas, las camillas de am-

<sup>1</sup> Situada entonces donde ahora están las caballerizas, contigua á la entrada al jardín, en aquel tiempo jardín botánico á cargo de D. Miguel Bustamante.

bulancia, y el oleaje inquieto de gente vagabunda, todo presentaba la imagen del caos.

Santa-Anna había renunciado la Presidencia; le había substituído el Sr. Peña y Peña, quien nos dijeron que estaba en Toluca, de paso para Querétaro, y que allí se reuniría el Congreso.

Muchos diputados, y yo entre ellos, esperamos el resultado de una junta de Guerra, citada por Santa-Anna, á las oraciones de esa noche en la Ciudadela, y en cuya junta debía decidirse si se defendía ó se abandonaba la Ciudad. A la junta concurren: como Presidente, el Sr. Santa-Anna, el Sr. D. Lino Alcorta, Ministro de la Guerra, los Grales. Pérez, Carrera y Betancourt y el Sr. Olaguibel, Gobernador del Estado de México.

Ya se sabe que semejantes juntas, por regla general son comedias; se hace siempre lo que quiere el Jefe, y el Jefe quería evacuar la Ciudad, á pesar de las juiciosas y patrióticas observaciones del Sr. Olaguibel.

Sin atender á consideración alguna, ni disponer nada, Santa-Anna pernoctó esa noche en Guadalupe, á donde le llevó en su coche D. Ignacio Trigueros.

El resto de nuestras fuerzas tomaban el 14 el camino de Querétaro, al mando del Gral. Herrera.

Quiero aquí interrumpir mi narración abriendo un extenso paréntesis, para aprovechar las varias cartas que recibí entonces sobre la entrada de los america-

nos á la Capital, y que en mi juicio dan idea de aquella época de un modo no considerado hasta ahora por ningún cronista, con la extensión debida.

Abramos el paréntesis y no olviden mis lectores que quedamos en marcha para Querétaro.

1847.

«Guillermo querido:

«Al separarnos el 13 de Septiembre dejándome encargada tu casa y la translación de tu familia á Tlalnepantla, casa del Sr. Lic. Carlos Franco, (?) me encargaste con encarecimiento te refiriese lo que ocurriera en la Capital, por el natural interés que excitaba la situación crítica en que quedó la ciudad.

«Hasta ahora puedo cumplir con tu encargo, y eso, muy imperfectamente, porque ha sido tal la situación de mi espíritu, tan varias y atropelladas mis emociones y tan multiplicados é incoherentes los acontecimientos, que me parece más fácil hacer un retrato dando carreras y haciendo machincuepas el original.

«Noche horrible la del 13; la ciudad estaba completamente á oscuras, se escuchaban tiros en todas direcciones y reventaron tres ó cuatro bombas que difundieron el terror.

«Al amanecer el 14, comenzaron á entrar las tropas, las gentes aparecían en las azoteas y en las bocacalles, curiosas, amenazadoras y rugientes.

«Ya recordarás que Tornel había dispuesto que des-

empedrarán las calles y se amontonarán las piedras en las azoteas, y esto favorecía las intenciones del pueblo, de hostilizar á los invasores.

«Las fuerzas comenzaron á entrar de un modo regular, entre siete y ocho de la mañana.

«Yo sólo ví á tres de los principales jefes, Pillow, alto, seco, mal encarado, y Twis, viejo, fornido, cano y chato, con unos ojos sirgos de malísimo efecto. Scott, alto, gallardo, entrecano, de buena presencia.

«La fuerza de línea, con sus uniformes azules y sus cachuchas, aunque en marcha desgarbada y bausana, no llamó la atención; pero los voluntarios, que eran muchos, formaban una mascarada tumultuosa, indecente, sobre toda ponderación. Muchos habían hecho como á modo de paletó, con sarapes y jorongos; otros, calzaban botas enormes sobre pantalones despedazados y, en materia de sombreros, eran sombreros incontenibles, indescifrables de arrugas, depresiones, alas caídas, grasa y agujeros; ¡oh! los fraques eran una iniquidad.

«Estos demonios de cabellos encendidos, no rubios, sino casi rojos, caras abotagadas, narices como ascuas, marchaban como manada, corriendo, atropellándose y llevando sus fusiles como se les daba la gana.

«A la retaguardia caminaban una especie de galeras con ruedas, con abovedados techos de lona, llenos de víveres y de soldaderas ebrias, lo más repugnante del mundo.

«Lo más notable en esa entrada, fué la entrega de la

Ciudad por el Presidente del Ayuntamiento, el Sr. Lic. Zaldívar, al Sr. Scott; esa entrega fué acompañada de una arenga, tan digna, tan levantada y patriótica, que servirá de título de honor á aquel teniente que supo en circunstancias tan desgraciadas, defender los derechos de México.

«Un motivo ó pretexto cualquiera, que ni es fácil ni preciso adivinar, encendió los ánimos, cundió rápido el fuego de la rebelión, y en momentos invadió, quemó y arrolló cuanto se encontraba á su paso, desbordándose el motín en todo su tempestuoso acompañamiento de destrucción.

«Llovían piedras y ladrillazos de las azoteas, los léperos animaban á los que se les acercaban, en las bocacalles provocaban y atraían á los soldados que se dispersaban. Aquellos negros, aquellos ebrios que gritaban y se lanzaban como fieras sobre mujeres y niños matándolos, arrastrándolos; aquello era horrible!

«Se calculan en quince mil hombres los que sin armas, desordenados y frenéticos, se lanzaron contra los invasores, que realmente como que tomaban posesión de un aduar de salvajes.

«Por todas partes heridos y muertos, donde quiera riñas sangrientas, castigos espantosos.

«Vagaban como manadas, hacían fuego donde primero querían. Su manera de comer es increíble.

«Cuecen perones en el café que beben, le untan á la sandía mantequilla y revuelven jitomates, granos de

maíz y miel, mascando y sonando las quijadas como unos animales.

«Al principio, estuvieron cerradas las iglesias, después abrían un postigo, y el sacristán, porque no sonaban campanas, daba aviso de la hora de las misas. Abiertas después las iglesias, los yankees se metían en ellas con los sombreros puestos y elegían de preferencia los confesionarios para dormir allí y roncar como unos lirones.

«Se repartieron en muchas casas alojados que las trastornaban de arriba abajo. En los balcones se veían hileras de patas de los yankees que allí se solazaban.

«México es un inmenso muladar, por todas partes hay montones de basuras y perros que cosechan suciedades.

«Estos voluntarios son brutos sobre toda ponderación: un pelotón de éstos se posesionó de la portería de Santa Clara, se encerró á piedra y lodo, arrancó tablas á montón, vigas, hizo fuego y se acostaron á dormir. Al siguiente día, sacaron muertos á aquellos bárbaros.

«He escrito mucho, otro día será más largo.

Tu N.

(OTRA CARTA.)

«Pillow, es alto, seco, apergamiñado, muy serio; anda á caballo con su paraguas abierto. Twis, es cuadrado, chato, como con cara de mastín feroz, embestia contra los paisanos con la espada y mató á algunos.

«Los oficiales andan en la calle llevando en la mano, á guisa de bastones, unos espadines muy delgados; con ellos ensartan al primero que les choca, con una sangre fría que espanta.

«Los extranjeros guardan reserva; algunos, así como señalados mexicanos, han puesto banderas en sus casas, en señal de paz.

«El bajo pueblo no aminora su odio á los yankees, hasta ahora, ni con ver que le brindan con dinero, ni que comparta con la plebe de sus abundantes víveres.

«Lo dicho no es una exageración; el maíz se conducía en carros, que dejaban regueros de grano en su tránsito, que se agolpaba á recoger la multitud, sin que nadie les dijese palabra de reconvencción; de manera que al cabo del tiempo, se amoldaban las gentes á la situación, con alarma de los patriotas.

«De la carne y el pan, también hacían repartos.

«A los indios no les regateaban, y ellos corrían gozosos en pos de los *damies*.

«Las mujeres también les son en lo general hostiles; pero en mi juicio, las prevenciones se fomentan por la cuestión religiosa, por su desacato á los sacerdotes y los templos; otro carácter tendrían muchos si los yankees fueran gazmoños y se fingieran creyentes.

«La buena sociedad de México no ha dado entrada ni á jefes ni á oficiales, y una casa del Sr. A., en que se han admitido visitas de yankees, es censurada acremente, y está como excomulgada.

«Hace algunos días unos cuantos lanceros se apare-

cieron en son de guerra por el rumbo de Santa María. Al momento se dispuso una fuerza con dos piecitas de montaña para batirlos. Los dragones, arrojadísimos, rechazaron la fuerza, y los yankees corrieron como gamos á refugiarse en el Colegio de Minería. Dos dragones seguían á la tropa desbandada. Lances por el estilo producían enojo y rencor contra Santa-Anna, que dejó al pueblo agotar su bravura en esfuerzos estériles.

«Con motivo del temblor habido en estos días, tuve ocasión de ver el espanto que produjo en estas gentes.

«La casa del Director del Colegio, Sr. Tornel, está convertida en hospital; allí, entre otros, se cura el oficial que primero plantó en Chapultepec la bandera americana, y que salió gravemente herido.

«Al sentirse el temblor, sacaron á ese oficial al balcón, allí le tendieron la cama y allí lo han tenido á los cuatro vientos, hecho un santo entierro.

«Las ocurrencias que pasan con motivo del idioma, son muchas; pero yo, por ahora, quiero referirme á una para cerrar mi carta:

«Estaba yo de charla en la botica del Reloj, cuando entró á ella un yankee, burdo y jayán, con su cara de sol y su facha grosera y desgobernada.

«Pidió *soda water*, y yo de intruso y de patriota, le dije al boticario, chancendo: póngale, si puede, polvos para que reviente; refresco estriecinina le daría yo, de mil amores.

«El yankee bebió su soda, la pagó, limpió los labios,

y en un castellano pulcro y correcto, como el de Jovellano, me dijo:

—«¿Por qué quiere Ud. que me envenen, caballero? ¿qué mal le he hecho á Ud?....»

«El buen boticario, mi amigo, no sé cómo me sacó de aquella situación.

«Recibe expresiones, etc.

M. Z. G.

(OTRA CARTA)

«Ya te he dicho que estos yankees ocuparon México como país conquistado, como aduar de salvajes, convirtiéndolas en caballerizas, y haciendo fogatas contra las paredes, lo mismo del interior del Palacio, que de los templos, fuego en que cocinaban y comían alrededor.

«En las casas de los alojados se cometieron mil atropellos. Pero donde hubiera podido formarse idea de estos *comanches blancos* y su cultura, es en sus bailes, haciéndose notables, entre todos, los de la Bella Unión.

«Allí lucían, como no es posible explicar, *las Margaritas*, así bautizadas por los *yankeés* las mujeres perdidas, que se multiplicaron extraordinariamente, porque sus favorecedores regaban para ellas el dinero. Todo era en aquel salón chillante, intenso, febril. Sus vivísimos hombres desmelenados, con las levitas

y chalecos desabrochados, mujeres casi desnudas; todo lo que tiene de más repugnante la embriaguez, de más asqueroso la mujer desenvuelta, de más repelente el grito y la carcajada de orgía, se veía allí presentando un conjunto de degradación que habría podido servir para sonrojo del salvaje y de la bestia, y dejó á la sombra mucho de este cuadro, porque aunque ésta sea carta íntima, así lo exige la decencia.

«Punto menos que estos bailes, eran las escenas representadas en los juegos á que también se entregaban con frenesí.

«El dinero y el maíz parece que son para estos caribes los medios de seducción de nuestra plebe, y que mucho consiguen.

«Pagan francamente lo que compran y gratifican con largueza á los que les sirven. El bajo pueblo y los indios han aprendido maravillosamente el sistema decimal y el *daine* les es tan familiar como el tlaco.

«Al transitar los carros del maíz de la tropa, va dejando en el suelo espeso reguero de maíz que recogen los pobres, sin que nadie los moleste, y esto hace que en mucho, entre el bajo pueblo, disminuyan los odios, que se concentran y recrudecen entre la clase media y la rica.—Tuyo, etc.

M. M. Z.

(OTRA CARTA.)

«Nada me irrita más, ni me enloquece de ira, que los azotes.



«Para la primera ejecución, se tomaron muy serias precauciones y, sin embargo, no pudo verificarse por la actitud resuelta y amenazadora del pueblo. El cuadro de tropa que formó en la plaza, se deshizo, emplazándose la ejecución para el día siguiente.

«Ese día, que fué el 8 de Noviembre, se verificó la ejecución. Cubrieron las avenidas de la plaza por la Monterilla y Plateros, como mil quinientos hombres, contando algunos trozos de caballería.

«Las víctimas eran tres: un tal Flores y otros dos cuyos nombres no recuerdo.

«Fijaron en el centro de la plaza tres barras de hierro, del alto de tres varas, con palos atravesados haciendo tres cruces. En ellas colocaron á los acusados que descansaban en el suelo con los brazos abiertos sobre los palos, como crucificados, desnudos totalmente de medio cuerpo arriba.

«A una señal comenzó la ejecución.

«Es de advertir que el chicote, instrumento de la ejecución, era de esos chirriones de goma, gruesos en el puño y corriendo en disminución al descender, de suerte que á la vibración ó sacudida, se centuplica la fuerza de un modo espantoso, y el extremo ó pajueta se convierte en un instrumento que se hunde y raja como si fuera acero.

«Los azotes los aplicó un verdugo como un Hércules, y descargaba su látigo con frenesí.

«A los primeros azotes fueron aullidos desesperados los de Flores, después ronquidos sordos, al últi-

mo... aquellas espaldas era una torta informe que se deshacía en sangre... al acabar, cayó el ajusticiado sin sentido, y el terror y furia hacían espantoso el silencio. Los otros dos fueron ejecutados como Flores, y así se martirizaron á muchos mexicanos.

«Al yankee que quiso izar la bandera de Palacio, el día de la entrada de los americanos, le mataron de un balazo, pero por más esfuerzos que hizo la policía, no pudo averiguar quién fué el matador. Pero espantan por su barbarie los tormentos que preparaban al asesino.»

San Angel, Noviembre 1843.

«No pude soportar vivir en México, y me vine á este pueblo, con tía Angelita, á quien sabes que considero como á mi segunda madre.

«Mi tránsito á San Angel fué entre familias de gente que se guareció como pudo, en jacales, ranchos y rancherías, cadáveres insepultos, caballos muertos, carros rotos, gente llorando errante, despojos, sangre y todos los rastros de la destrucción y de la muerte.

«La casa del Sr. Mora, en San Angel, se había convertido en hospital de sangre, y allí á los Dres. Gabino Barrera y Juan N. Navarro, atendiendo con suma diligencia y caridad á los heridos.

«A la entrada de los americanos á San Angel, las generosas señoras de la familia, quisieron ocultar á los heridos, é instaron; tijera en mano, porque los doctores se tuzaran los bigotes; pero éstos se resistieron y

desafiaron frente á frente el peligro. Los americanos dispensaron todo género de atenciones á médicos y á heridos, lo que da alto mérito á su civilización y humanidad.

«Lo que ha dejado en mí, profundísima impresión, fué el suplicio de los prisioneros irlandeses de San Patricio. Como sabes, esos infelices pertenecían al Ejército Americano, y fueron en mucha parte seducidos por la influencia religiosa, porque todos eran cristianos, y por los escritos elocuentísimos de Martínez de Castro Luis, dirigido por los Sres. D. Fernando Ramírez y Baranda.

«Los de San Patricio se habían creado vivísimas simpatías por su conducta irreprochable y por el valor y entusiasmo con que defendían nuestra causa.

«A la noticia de la ejecución de los irlandeses, cundió la alarma, se movieron todo género de resortes, se aprontó dinero y se pusieron en juego todo género de influencias.

«Por último, las señoras más distinguidas y respetables, hicieron una exposición sentidísima á Scott, pidiendo la vida de sus prisioneros.

«Nadie se arriesgaba á llevar la solicitud al General en Jefe americano, por la manera cruel con que había tratado á los portadores de semejantes pretensiones, pero un fraile Fr. . . . ofreció llevar el escrito y abogar hasta el último trance por aquellas víctimas, fuesen los peligros que fuesen.

«Ni ruegos, ni lágrimas, ni respetos humanos fueron

capaces de ablandar aquel corazón de hiena, y se dispuso fuese llevada la orden terrible de muerte á puro é ineludible efecto.

«Detrás de la plaza de San Jacinto, á la espalda de las casas que ven al oriente, se pusieron de trecho en trecho y se macizaron gruesos vigones con trabas gruesas, tendidas horizontalmente en la parte superior, colgando otras reatas verticales de espacio en espacio.

«Los prisioneros fueron puestos en carros distribuidos según los claros de las vigas; á cierta distancia, entre gritos y chasquidos de látigos ataron con soga corrediza el extremo de los lazos colgantes al cuello de los prisioneros. . . . y en medio de gritos hicieron correr á los caballos que tiraban de los carros, quedando balanceándose en los aires entre horribles convulsiones y muestras de dolor aquellos defensores de nuestra Patria. . . .

«Por supuesto que la agonía de aquellos mártires duró mucho tiempo. . . . Los cuerpos de las víctimas fueron sepultados en el florido pueblecito de Tlaquepaque, situado entre Mixcoac y San Angel.»

Creo conveniente cerrar aquí el paréntesis que anuncié, porque me esperan impacientes de ver la luz, mis recuerdos á la llegada á Querétaro, en donde acababa de instalarse el Gobierno, presidido por el Sr. D. Manuel de la Peña y Peña, Vicepresidente de la República, según la ley, como Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

Formaban su Ministerio: Lic. D. Luis de la Rosa, en-